

barrera que puede o no ser infranqueable y que es una de las formas o metáforas de la nada: el silencio.

La tercera parte del poema, subtitulada con un significativo verso de Villamediana («La luz del corazón llevo por guía»), relata el conocimiento de la casa, que es también un reconocimiento de la soledad, que describe de algún modo la configuración hostil del mundo. Esta parte concluye con la revelación del amor. La oscuridad de la casa tácitamente alude a la imposibilidad del ser para cumplir con su heterogeneidad esencial (para decirlo con las palabras de Machado). Ahora la casa se ilumina con la presencia del ser amado, y el poeta crea la luz, dando al objeto amado un nombre: la epifanía del ser coincide con la epifanía del verbo. La cuarta parte, «Cuando a escuchar el alma me retiro» (5) es una suerte de meditación sobre la esencia del dolor y del tiempo, una reflexión que oblicuamente define a la existencia como un aprendizaje del dolor: «Pero el dolor es la ley de gravedad del alma; / llega a nosotros iluminándonos, / delectándonos los huesos, / y nos da la insatisfacción, que es la fuerza con que el hombre se origina a sí mismo, / y deja en nuestra carne la certidumbre de vivir...» Dolor inherente a la condición humana; en todo caso, dolor por la fugacidad de las cosas y la nostalgia del bien perdido, y nunca regodeo enfermizo en una inventada vocación de desdicha. Es así, finalmente, a la luz de esta meditación sobre un pasado rescatado en la memoria (en las palabras), que se cierra el poema con una breve quinta parte subtitulada «Siempre mañana y nunca mañanamos»:

Al día siguiente,

—hoy—

al llegar a mi casa —Altamirano, 34— era de noche,

y quién te cuida?, dime; no llovía;

el cielo estaba limpio;

—«Buenas noches, don Luis»— dice el sereno,

y al mirar hacia arriba,

vi iluminadas, obradoras, radiantes, estelares,

las ventanas,

—sí, todas las ventanas—,

Gracias, Señor, la casa está encendida.

La casa encendida fue inicialmente publicada en 1949, y *Rimas*, en 1951. Los textos utilizados para esta sumaria revisión de algunos de los

(5) Los cinco endecasílabos utilizados para subtitar las distintas partes de *La casa encendida* pertenecen a los siguientes autores: «Ciego por voluntad y por destino» a Villamediana; «Desde el umbral de un sueño me llamaron», a Machado; «La luz del corazón llevo por guía», también a Villamediana; «Cuando a escuchar el alma me retiro», a Salinas, y «Siempre, mañana y nunca mañanamos», a Lope de Vega.

aspectos centrales en la obra del poeta difieren considerablemente de los originales. Hay no pocas y sustantivas alteraciones e incluso poemas íntegramente nuevos; pero en lo esencial (en sus motivaciones, en su espíritu) estos libros continúan siendo los mismos de hace veinte años. Y hoy, como hace veinte años, la lectura de estos dos libros supondrá una maravillosa sorpresa.

II. SOBRE UNA INVENCION DE ROSALES:

EL CONDE DE VILLAMEDIANA

The road of excess leads to the palace of wisdom.

WILLIAM BLAKE

Hasta fecha relativamente reciente el poeta Juan de Tasis, Conde de Villamediana, era poco menos que desconocido en las letras españolas. Hace ya más de cuarenta años un filólogo ilustre, Dámaso Alonso, *inventó* prácticamente a un poeta genial, don Luis de Góngora, rescatándolo de ese segundo anonimato que es el desdén o la incompreensión. En fecha más reciente, Luis Felipe Vivanco y Félix Grande han *inventado* a Juan Larrea y Carlos Edmundo de Ory, respectivamente (6). Este tema de las invenciones es en sí fascinante y presumiblemente inagotable, pero aquí lo que interesa no es formular una teoría sobre el tema, sino hablar sobre una de las invenciones más notables de este siglo: Juan de Tasis, Conde de Villamediana, *inventado* por el investigador Luis Rosales.

En efecto, pocas veces ha resultado el vocablo *invención* tan adecuado como en el presente caso. Desde época lejana Rosales ha alternado (o simultaneado) la actividad poética con el ejercicio de la investigación y la crítica literaria. De la primera han resultado poemas tan memorables como *La casa encendida*. De la segunda, un tratado monumental sobre *Cervantes y la libertad* (7), docenas de artículos y ensayos sobre temas literarios, históricos y artísticos en general (algunos

(6) JUAN LARREA: *Versión celeste*, Barral Editores, 1971, y CARLOS EDMUNDO DE ORY: *Poesía (1945-1969)*, Edhasa, 1970. De hecho, hasta el momento de aparecer estas ediciones, preparadas y prologadas la primera por Luis Felipe Vivanco, la segunda por Félix Grande, tanto Larrea como Ory eran dos poetas prácticamente inéditos.

(7) LUIS ROSALES: *Cervantes y la libertad*, Editora Nacional, Madrid, 1957. Actualmente Rosales está a punto de concluir una refundición de su obra desglosada en cinco libros menores.

de ellos recogidos en libro bajo el título global de *El sentimiento del desengaño en la lírica barroca* (8), y varios miles de folios, fichas y observaciones sueltas que aún aguardan el momento de la elaboración definitiva en libro para mostrar todo lo que puede dar de sí una vida dedicada a la investigación y el estudio, cuando además está asistida por la triple luz de la inteligencia, el amor a la verdad y la pasión de la belleza.

Todo ese laberinto de conocimientos y preocupaciones parecería haber cuajado, en el caso de Rosales, y al menos en lo que hace a sus preocupaciones críticas, en torno a la figura de Villamediana. A Rosales se le debe la primera edición responsable de sus poesías, el haber desempolvado no pocos de sus inéditos y el haber clarificado definitivamente el tenebroso misterio que rodeaba el nombre de este poeta en un hermoso libro titulado *Pasión y muerte del Conde de Villamediana* (9). A partir de ahora la figura del Conde ha alcanzado definitiva consistencia. Así como hay un Baudelaire de Sartre y un Homero de Chapman, en lo sucesivo podrá hablarse también de un Villamediana de Rosales. Y conste que esto no implica una tentativa solapada de sacralización del texto (¡El Demonio nos ampare de nuevas palabras reveladas!). Implica sólo afirmar que Villamediana ha sido rescatado al olvido (como poeta, en una edición moderna y sumamente divulgada; como hombre, en una fascinante biografía) por obra de Rosales, y que, correlativamente, la obra de Rosales se ha convertido en condición *sine qua non* de la existencia del evasivo y redivivo Juan de Tasis. Indisolublemente unidos a tres siglos y medio de distancia, Villamediana y Rosales han establecido un duradero diálogo, cuya persistencia hubiera llenado de estupefacción y entusiasmo a Helena Petrovna Blavatsky y su armada de teósofos.

Pasión y muerte del Conde de Villamediana es, como ya se ha observado, un estudio biográfico (aunque en rigor se limite a los últimos días del Conde). Puede, no obstante, ser leído como una obra de ficción, incluso como una novela policial. Su método es inobjetable. Los datos manejados incluyen un conocimiento exhaustivo de la España de la época bajo sus múltiples aspectos, y no excluyen de ningún modo la documentación hasta ahora inédita. Ahora bien, ¿en virtud de qué toda esta masa de erudición y arqueología se dinamiza hasta el punto de cobrar la velocidad de un relato de aventuras? Probablemente es aquí donde se hace necesario aludir al instinto de la justicia («Siento demasiado respeto por el hombre como para suponer que la

(8) LUIS ROSALES: *El sentimiento del desengaño en la lírica barroca*. Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1966.

(9) LUIS ROSALES: *Pasión y muerte del conde de Villamediana*, Ed. Gredos, Madrid, 1969.

justicia no es en él un instinto», W. H. AUDEN). Villamediana ha sido durante tres siglos víctima de una siniestra conjura. El día 21 de agosto de 1622 caía asesinado en la calle Mayor de Madrid. Un proceso *post mortem* establecía posteriormente su culpabilidad en un asunto de sodomía. Juan de Tasis se eclipsaba para dejar paso a una leyenda.

Armado con la circunspección de quien no desconfía enteramente de los condenados y de la certeza de que no hay valores ni veredictos intemporales e inamovibles, Rosales emprende a lo largo de la obra una apasionante investigación susceptible de provocar reacciones admirativas (o invariablemente rencorosas) en cualquier sabueso de profesión. No creo que sea éste el lugar indicado (ni el que esto escribe el crítico autorizado) para debatir por extenso las múltiples hipótesis barajadas en el curso de la obra. Más conveniente resulte tal vez limitarse a exponer el resultado de la investigación. Juan de Tasis, Conde de Villamediana, fue asesinado por orden del rey Felipe IV, a instigación del Conde-Duque de Olivares. La causa visible fue que Villamediana hubiera osado alzar sus ojos hacia la reina Isabel de Borbón, provocando así la airada reacción de su marido. Una causa adicional (y tal vez la causa *real*) fueron los celos del Conde-Duque, privado del rey, y que veía ascender la estrella de Villamediana con creciente inquietud. Finalmente, el proceso *post mortem* y su inculpación como sodomita parecen no haber sido otra cosa que una maquinación del Conde-Duque para enlodar definitivamente la memoria de su víctima y defender la figura del rey.

Juan de Tasis fue no sólo un notable poeta, sino también el inventor de un género literario: esa forma sublimada del libelo denominada sátira política. Escribe Rosales: «Cuando escribe estas sátiras, Villamediana no quiere convencer, sino combatir; y aún más, no quiere, precisamente, combatir, sino infamar (...). Salen en su colada los padres, los abuelos y las esposas de los acusados...», etc. Poco más adelante habla Rosales de un Villamediana que, tras la muerte de Felipe III, vuelve a Madrid para encontrarse convertido en figura prestigiosa, visto por el pueblo como acerbo censor de los vicios y la corrupción del régimen anterior. Todo esto da origen a un vasto y deplorable malentendido. Un hombre que ataca a un ministro corrupto infamando a su parentela de hecho no es moralmente superior a la víctima de sus ataques. Que Villamediana hubiera alcanzado una inmensa difusión entre las bajas clases sociales no significa que su poesía implicara una crítica progresista (desde el punto de vista de las clases populares) contra un régimen corrompido. Significa sólo tal vez que sus chocarrerías e invectivas calumniosas habían sabido halagar los bajos instintos de esa hidra de mil cabezas que es siempre un pueblo envilecido

y embrutecido. Según esta interpretación de Rosales, no resultaría ni conveniente ni lícito contraponer un Villamediana reformista a un Conde-Duque de Olivares corrupto y hambriento de poder. En Villamediana, hombre de su tiempo, se daban cita las mayores contradicciones. Villamediana podía ser hombre de grandes virtudes, amante platónico e indignado censor de las costumbres. A la vez, podía carecer de convicciones políticas, se sabe que en su cargo de correo mayor no fue precisamente un dechado de eficiencia y honestidad y que anduvo complicado en historias delictivas de varias clases. Tal vez lo lógico resulte suponer que si Villamediana ambicionaba el poder, la fuerza que lo impulsaba era—como en el Conde-Duque—la mera ambición de poder.

Esta visión de un Villamediana virtuoso y pecador, triunfalista y ocupado al mismo tiempo en cortejar la muerte, extraña simbiosis de cortesano y demagogo, puede prestarse a múltiples discusiones. El Villamediana de Rosales puede y debe ser discutido porque es un Villamediana vivo, y como tal, fundamentalmente polémico. O, mejor dicho, es una verdadera invitación a la polémica. El respeto de Rosales hacia el lector se manifiesta normalmente en su ausencia de afirmaciones gratuitas o taxativas, en su persecución del adjetivo matizado y persuasivo. En suma, la suya es una prosa elocuente, dirigida simultáneamente a la inteligencia y la sensibilidad, y nada tiene que ver con esa prosa irritante y terrorista, erróneamente llamada polémica y en el fondo profundamente intimidatoria, de quienes simulan esgrimir ideas con la misma sutileza dialéctica con que en el siglo de Lepanto se manipulaban las espadas y los alfanjes. Correlativamente, el respeto del lector hacia el autor se manifiesta en su negativa a divinizar el texto: en la *praxis discrepante*, como macarrónicamente apostillaría ese extraño producto del tomismo, la revolución y el trópico que es el cubano universal José Lezama Lima.

Una última observación. En algún lugar de su libro escribe Rosales: «La personalidad de Villamediana recuerda vivamente la de lord Byron. Valdría la pena hacer un paralelo de ambas biografías.» Quizá mucho más vivamente todavía, sin embargo, recuerde a la de Christopher Marlowe, el genial o abominable contemporáneo o *alter ego* de William Shakespeare, que se desvaneció unos pocos años antes del asesinato de Villamediana en la bruma de un amanecer londinense. Su muerte ha perseverado bajo la forma del enigma, según sibilinamente apuntó T. S. Elliot. Las semejanzas con Villamediana son notorias: ambos disfrutaron de una enorme popularidad, basada sobre todo en el ejercicio de la maledicencia rimada; ambos estorbaron a los planes de algún todopoderoso que dispuso su eliminación; uno fue

asesinado; el otro se desvaneció en un misterio no inferior al de la muerte. Ambos fueron contemporáneos, jugadores, mujeriegos, tuvieron libre acceso a los círculos de palacio y nunca se caracterizaron por su excesivo apego a las normas morales de su sociedad. Es más: su crítica radical de la sociedad en que existieron se verifica en la ortodoxia negativa de su amoralidad y su inconducta.

Pero todo esto no pasa de ser otra mera hipótesis. En todo caso, casi siempre ocurre. Leer a Rosales, como conversar con él, es como darle la vuelta al mundo. Nunca se sabe dónde se irá a parar. He aquí una laboriosa síntesis del fenómeno Juan de Tasis: «Tenía que ser así—escribe Rosales—, dada su situación vital, irremediablemente sin salida, pero también por su modo de ser, no lo olvidemos, pues su divisa debió ser ésta: *Todo lo posible es poco*. La desmesura romántica sólo se satisface con la muerte. Por todo cuanto sabemos de él, el Conde de Villamediana era un hombre romántico y desmesurado, *a quien no le bastaba vivir*.» Observación que recuerda el epígrafe de William Blake a esta nota y que Villamediana y Marlowe podrían haber adoptado como compartida divisa: «El camino del exceso conduce al palacio de la sabiduría.» Aunque a ellos los condujo sólo a pasearse junto a la sombra de Aquiles por el Hades, que tal vez sea el verdadero palacio de la sabiduría. ¿Verdad, don Luis?

JUAN CARLOS CURUTCHET